

Cultura y Naturaleza

Pobre hombre, ¿y ahora qué?

Vivimos en un mundo que hemos transformado enteramente. Si es cierto que todavía quedan regiones de la Tierra donde nuestra presencia sea muy remota, tarde o temprano el predominio del hombre, en este sentido, llegará a ser total. Simultáneamente, a una velocidad cada vez mayor, emergen las dificultades. El hoyo de ozono, la disminución de las pesquerías, el efecto de invernadero. Cada uno de estos problemas debe ser estudiado, evaluado, asimilado para poder tratarlo debidamente. Mientras tanto aparecen problemas nuevos. La pérdida de la biodiversidad, la destrucción de las selvas tropicales, el colapso de la infraestructura, etcétera, en fin, todo lo que altera profundamente las bases de nuestra existencia. Somos pues, la parte intrínseca de “un inmenso sistema o conjunto de sistemas, que va de las plantas y los animales a las células, a las moléculas, los átomos y las estrellas” (Octavio Paz), y las leyes de la naturaleza son nuestras leyes. No obstante, nuestra participación o nuestra presencia allí es distinta. Otras especies mueren cuando arruinan su ambiente. La humanidad trata de arreglarlo.

Mientras que nos acercamos al fin del milenio, todo parece indicar que hemos llegado a un punto crítico en el entendimiento del ser humano. Nos enfrentamos a un futuro donde las alteraciones en el mundo natural pueden repercutir en todos los demás ámbitos de la vida. Somos los únicos con capacidad “crítica” de evaluar y de juzgar. Los animales viven en sus sectores respectivos como nosotros; sin embargo sólo el ser humano es capaz de levantar la vista para abarcar el todo en sus manifestaciones globales. Es preciso conocer los detalles, tratar de analizar las estructuras naturales y culturales diversas



IZTAPALAPA 40

JULIO-DICIEMBRE DE 1996

pp. 9-14

y precisar los actos elementales cuyo conjunto constituye las apariencias globales. Éstos, sin embargo carecen de universalidad en el sentido de la capacidad de desarrollar rápidamente las consecuencias de nuestra intervención.

Igualmente, hay que recordar que el objeto de nuestra investigación no es la Naturaleza en sí, sino la Naturaleza sometida a la interrogación de los hombres, en otras palabras, el producto de las ciencias y de la filosofía natural que han influido en las diversas relaciones de los hombres con el mundo físico y biológico. En el transcurso de varios milenios las diversas combinaciones de naturaleza y cultura han moldeado nuestra vida y han construido los fundamentos de nuestras decisiones. Es larga la historia de las divisiones de nuestra imagen del universo en sujeto y objeto, mundo exterior y mundo interior, cuerpo y alma, que en el día de hoy sirven sólo para suscitar equívocos. Necesitamos, por lo tanto, una comprensión histórica de las relaciones hombre naturaleza, necesitamos aprender a desenvolvernos en todos los dominios de la vida, sobre la base de una nueva situación y una nueva ética que surge tanto de las estructuras espirituales que nacieron en el seno de las culturas antigua y cristiana como de las perspectivas que nos ofrece la ciencia moderna. El cambio epistémico no se limita a lo que conocemos, sino también abarca lo que

podemos preguntar. Nuevos conocimientos plantean nuevas preguntas y determinan el abandono de otras.

Precisamente por estas razones iniciamos hace algunos años, en los números 27, *En torno al Debate Ecológico*, y 31, *Humanismo y Naturaleza* de la Revista *Iztapalapa*, la interrogación tanto de las imágenes de la Naturaleza presentes en las ciencias naturales, en la filosofía y en la literatura de las épocas anteriores y en los tiempos modernos como de las diversas relaciones de los hombres con su ambiente. Preguntamos si los cambios que han tenido lugar, en el transcurso de varios siglos, en la visión de la naturaleza, han repercutido en la transformación de nuestras actitudes hacia ella. Preguntamos por los lazos entre la profunda alteración que padecen nuestro ambiente y nuestros modos de vivir en la época moderna y la peligrosa transformación de nuestro pensamiento. En fin, hemos intentado investigar las raíces de las crisis que han conmovido nuestro mundo. Tal vez nos acercamos un poco más a las respuestas, al mismo tiempo dándonos cuenta de que el camino es largo y difícil. El número que actualmente tenemos el honor de presentar continúa la búsqueda que recorre los terrenos donde los autores rastrean las señales de los argumentos posibles.

Aristóteles dijo una vez que los actos son siempre particulares y no universa-



Paisaje del Río Sena, acuarela.

les. Una decisión política fallará si no se tiene el apoyo de los ciudadanos. Ellos, a su vez, para poder ejercer su responsabilidad “ecológica” tienen que “incorporar plenamente el significado de ‘razonamiento ecológico’ y desarrollar los valores positivos”. La solución posible a las exigencias ecológicas se halla en la complementariedad de la acción ética y la acción política. Los valores “ecológicos” emergen tanto de la ética tradicional, de las ciencias de la naturaleza, como de las estéticas de la misma o de la literatura que expresa valores universales. Así que la enseñanza o la explicación de los orígenes históricos de los valores ecológicos, sociales, políticos, estéticos o éticos puede aportar

fundamentos sólidos para la toma responsable de decisiones que integren la protección del ambiente con las exigencias de la producción.

El análisis histórico de las tradiciones religiosas y filosóficas occidentales indica que las ideas de responsabilidad, consideración y preocupación por el universo natural forman parte del tejido ético tradicional. Una reflexión madura y prudente sobre nuestras raíces intelectuales (F. Piñón) descubrirá las visiones de la naturaleza donde el ser humano lejos de ser un extraño quebrantador de la armonía universal, forma parte moral, intrínseca del mundo natural.

Si bien es cierto que la naturaleza proporciona los bienes (materia prima, energía, alimentos, medicinas, etcétera) y los servicios (procesos de fotosíntesis, purificación del agua, polinización de sembradíos), también inspira al arte y al intelecto y constituye así una fuente de los valores estéticos de la armonía y la belleza.

La estética que trasciende al arte y comprende todas las percepciones humanas influye de manera significativa en nuestras pautas de conducta hacia el mundo natural. La sensibilidad estética invoca la integridad del mundo y facilita la comprensión de nuestro lugar en la estructura universal. La naturaleza se asimila y representa en el arte, cuya perfección culmina en el encuentro del ser humano consigo mismo y en el proceso de su integración a la totalidad. La apreciación de la belleza de la naturaleza no se centra en la conciencia sensorial directa del momento, sino que implica además una comprensión y apreciación del proceso creativo que la produjo.

Las diversas tendencias del discurso estético abarcan una gama de posiciones (E. Brady, M.T. Ramírez), a veces muy controvertidas (A. T. Minai) que marcan un paso hacia la apreciación de la belleza natural, tan valiosa como la belleza artística, como un bien que los humanos tienen el deber de promover y conservar.

Asimismo, dentro de la tradición occidental literaria la naturaleza se viste

de valores que rebasan la idea de su mera utilidad. Aunque puede carecer de un valor intrínseco no ocupa las periferias de la existencia del ser humano, sino que convive con nosotros dándonos las pautas de la conducta moral (M. C. Boiero, A. Celi Torti).

Además, la literatura y el arte contemporáneo que se han vuelto progresivamente más técnicos, especializados y autorreflexivos reflejan conceptos de las ciencias que forman parte de nuestra *episteme*. Reflexionan sobre la naturaleza y las relaciones del ser humano con ella desde la perspectiva que sintetiza el mundo científico con el mundo poético, culminando en una visión íntegra de nuestra relación con otros y con el mundo entero.

A medida que las ciencias de la vida profundizan el conocimiento de los procesos naturales, cambia la imagen cultural de la naturaleza que, en parte, determina nuestra actitud ante el mundo natural. La ecología que dirige su atención a las relaciones del hombre con su ambiente, puede aclarar varias interpretaciones erróneas que frecuentan las páginas de las contribuciones a la ética ecológica. El conocimiento de la naturaleza, siempre incompleto, expresado en la imagen de nuestra relación con el mundo físico y biológico, es la que hacemos objeto de nuestro pensamiento y nuestra acción (M. Castillo, J. Ocampo).

Ecología puede constituir el marco

metodológico de una ética para la naturaleza, enlazar la subjetividad del valor de lo estético y de lo literario con los principios normativos de nuestras decisiones. La comprensión de la complejidad natural favorecerá las actitudes morales ecológicamente sensibles que agruparán a la humanidad en una comunidad que protegerá, enriquecerá y fomentará la vida dándole paso a una sociedad sustentable.

El concepto del *desarrollo sustentable*, sumamente nebuloso, tiende a conciliar un desarrollo económico constante con el cuidado y preservación de los ecosistemas naturales. Su significado ha tenido varias, y a veces conflictivas, conotaciones. Sin embargo, no cabe duda de que la salida a los problemas planteados por el desarrollo sustentable es el reto más importante a lograr tanto para los filósofos de la ética como para los científicos. Los matices de la comprensión de la noción (M. Medina, J. A. López, J. A. Méndez) integran varios puntos de vista que pueden ser decisivos en la instrumentación del concepto en el ámbito político y social (L. del Carmen Colmenero, E. Bravo). Los modelos más elaborados del desarrollo sustentable subrayan la importancia de *los agentes morales* y el *aspecto moral del proceso de toma de decisiones* y recurren a la autoridad de la ciencia para avalarlos y propugnar por una regulación científica (económica y ecológica) del modelo.

No obstante, no hay que resignarse a la lógica de los economistas ni siquiera a la de los biólogos. Ni la ecología ni la física, hasta en la coincidencia de sus imágenes con los objetos naturales, son, sin embargo, una filosofía que puede soñar con desarrollar una concepción integral sobre el conjunto de la Naturaleza. Hacen falta las técnicas experimentales muy afinadas, capaces de registrar acciones sutiles, que estudian fenómenos físicos y biológicos, y las teorías audaces que recurran a imágenes y concepciones enteramente novedosas. La educación ecológica oportuna requiere una perspectiva de varios aspectos de la relación Naturaleza-Cultura (M. F. Paz).

De ahí, quizá, apostamos por la filosofía como preguntar crítico que busca abrir un espacio para la discusión en torno a la ética ecológica, de ahí, tal vez, que la ecología, a pesar de ser tema de nuestro tiempo, no defina radicalmente al ser humano. Nadie sabe qué encierra el futuro ni cuales serán las ideas que regirán el mundo, pero está fuera de duda que no lograremos sobrevivir si no sabemos hacernos responsables de nosotros mismos, y de nuestro patrimonio natural y cultural. Con el propósito de que el valor del objeto o recurso natural sea no sólo instrumental calculado en términos de costos y beneficios, sino también visto a través de su belleza natural que le adjudicará una in-

dependencia de los deleites egoístas que preguntan por ¿cuánto placer causará? o ¿cuánto dinero producirá?

Buscar, expresar o elaborar nuevos principios éticos es una tarea difícil, a pesar de que los cambios respectivos de las actitudes humanas hacia su ambiente natural difieren notablemente de los del siglo pasado. Son, sin embargo, nada más los cambios en la intuición moral. Casi cada uno de nosotros considera como el mal el infligir el sufrimiento innecesario a los seres sintientes (H. Salmerón). Esta actitud puede significar vagamente la aceptación del derecho de vivir sin dolor, o simplemente una restricción de los derechos humanos de causar el sufrimiento, sin que se atribuya los derechos a los animales. La tarea de ¿cómo seleccionar el principio correcto entre dos versiones contrapuestas? será uno de los problemas difíciles dentro del ámbito de la ética ecológica. Los valores éticos deberían encontrar su fundamento no en el decálogo de derechos y obligaciones elaborados por el ser humano sino en la clara percepción de nuestro lugar en la comunidad ecológica, en una relación más comprensiva con el mundo natural que la presente en la moral de la sociedad moderna (T. Kwiatkowska). Es precisamente en el contexto del debate donde los investigadores cuyos textos aparecen a continuación, contribuyen a elucidar y concretar los principios para una

ética que explicaría nuestras intuiciones y serviría de guía para la educación y para la toma de decisiones.

Teresa Kwiatkowska

Otros Temas

En la sección *Otros Temas* hemos incluido tres trabajos cuyo denominador común es el diseño e implementación de un instrumental teórico-metodológico y técnico para comprender mejor los “cambios históricos mundiales en curso, desde la perspectiva del marxismo” gramsciano (Sergio Ordoñez, *Camio histórico mundial contemporáneo. Transformación del capitalismo: la revancha de Gramsci*) para la construcción de modelos estructurados que faciliten y hagan más rigurosa la investigación en el campo de las Ciencias Sociales (Javier Salazar, *Esquemas en la construcción de modelos estructurados*) y, por último, la propuesta de un conjunto de estrategias, disciplinas y técnicas, estructuradas esquemáticamente, tendientes a facilitar la adquisición, comprensión y recuerdo de textos en los procesos de enseñanza-aprendizaje, como es el caso del trabajo *Efectos de un entrenamiento en esquema estructural sobre la adquisición, la comprensión y el recuerdo de textos científicos* elaborado por P. Aduna, M. A. Rosado y E. García.

Consejo Editorial